

**HOMILÍA DE JUAN PABLO II EN LA MISA DE CANONIZACIÓN DEL
BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER (6-10-2002)**

1. «Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Rm 8, 14). Estas palabras del apóstol Pablo, que han resonado hace poco en nuestra asamblea, nos ayudan a comprender mejor el significativo mensaje de la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer, que hoy tiene lugar. El se dejó guiar dócilmente por el Espíritu, convencido de que sólo así puede cumplirse cabalmente la voluntad de Dios.

Tan fundamental verdad cristiana constituía un tema recurrente de su predicación. De hecho, no cesaba de invitar a sus hijos espirituales a invocar al Espíritu Santo para hacer que la vida interior -es decir la vida de relación con Dios- y la vida familiar, profesional y social, hecha toda ella en pequeñas realidades terrenales, no estuvieran separadas, sino que formaran una sola existencia «santa y llena de Dios». «Ese Dios invisible -escribía él- que lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» (*Conversaciones con Mons. Escrivá*, n. 114).

Actual y apremiante resulta hoy también esta enseñanza suya. El creyente, en virtud del Bautismo que lo incorpora a Cristo, está llamado a estrechar con el Señor una relación ininterrumpida y vital. Esta llamado a ser santo y a colaborar en la salvación de la Humanidad.

2. «Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase» (Gn 2, 15). El libro del Génesis, como hemos escuchado en la primera Lectura, nos recuerda que el Creador ha confiado la tierra al hombre, para que la «labrase» y «cuidase». Los creyentes actuando en las diversas realidades de este mundo, contribuyen a realizar este proyecto divino universal. El trabajo y cualquier otra actividad, llevada a cabo con la ayuda de la Gracia, se convierten en medios de santificación cotidiana.

«La vida habitual de un cristiano que tiene fe -solía afirmar Josemaría Escrivá-, cuando trabaja o descansa, cuando reza o cuando duerme, en todo momento, es una vida en la que Dios siempre está presente» (*Meditaciones*, 3 de marzo de 1954). Esta visión sobrenatural de la existencia abre un horizonte extraordinariamente rico de perspectivas salvíficas, porque, también en el contexto sólo aparentemente monótono del normal acontecer terreno, Dios se hace cercano a nosotros y nosotros podemos cooperar a su plan de salvación. Por tanto, se comprende más fácilmente, lo que afirma el Concilio Vaticano II, esto es, que «el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la

construcción del mundo sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber» (*Gaudium et spes*, 34).

3. Elevar el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro: he aquí el ideal que el Santo Fundador os indica, queridos hermanos y hermanas que hoy os alegráis por su elevación a la gloria de los altares. El continúa recordándoos la necesidad de no dejaros atemorizar ante una cultura materialista, que amenaza con disolver la identidad más genuina de los discípulos de Cristo. Le gustaba reiterar con vigor que la fe cristiana se opone al conformismo y a la inercia interior.

Siguiendo sus huellas, difundid en la sociedad, sin distinción de raza, clase, cultura o edad, la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad. Esforzaos por ser santos vosotros mismos en primer lugar, cultivando un estilo evangélico de humildad y servicio, de abandono en la Providencia y de escucha constante de la voz del Espíritu. De este modo, seréis «sal de la tierra» (cf. Mt 5, 13) y brillará «vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (*ibíd.*, 5, 16).

4. Ciertamente, no faltan incomprendiones y dificultades para quien intenta servir con fidelidad la causa del Evangelio. El Señor purifica y modela con la fuerza misteriosa de la Cruz a cuantos llama a seguirlo; pero en la Cruz - repetía el nuevo Santo- encontramos luz, paz y gozo: *Lux in Cruce, requies in Cruce, gaudium in Cruce!*

Desde que el siete de agosto de mil novecientos treinta y uno, durante la celebración de la Santa Misa, resonaron en su alma las palabras de Jesús; «cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32), Josemaría Escrivá comprendió más claramente que la misión de los bautizados consiste en elevar la Cruz de Cristo sobre toda realidad humana, y sintió surgir de su interior la apasionante llamada a evangelizar todos los ambientes. Acogió entonces sin vacilar la invitación hecha por Jesús al apóstol Pedro y que hace poco ha resonado en esta Plaza: «*Duc in altum!*». Lo transmitió a toda su Familia espiritual, para que ofreciese a la Iglesia una aportación válida de comunión y servicio apostólico. Esta invitación se extiende hoy a todos nosotros. «Rema mar adentro -nos dice el divino Maestro- y echad las redes para la pesca» (Lc 5, 4).

Para llevar a buen fin tan exigente misión, es menester sin embargo un crecimiento interior incesante alimentado por la oración. Fue San Josemaría maestro en la práctica de la oración, que él consideraba como extraordinaria «arma» para redimir el mundo. Recomendaba siempre: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción» (*Camino*, n. 82). No es paradoja, sino verdad perenne: la fecundidad del apostolado consiste por encima de todo en la oración y en una vida sacramental intensa y constante. Este es, en definitiva, el secreto de la santidad y del éxito auténtico de los santos.

Que el Señor os ayude, amadísimos hermanos y hermanas, a recoger tan exigente legado ascético y misionero. Que os sostenga María, a quien el Santo Fundador invocaba como *Spes nostra, Sedes Sapientie, Ancilla Domini*.

Que la Virgen haga de cada uno un testigo auténtico del Evangelio, dispuesto a dar en todo lugar una generosa contribución a la edificación del Reino de Cristo. Que nos sirvan de estímulo el ejemplo y la enseñanza de San Josemaría, para que, al término de la peregrinación terrenal, podamos nosotros también participar de la venturosa herencia del cielo. Allí, junto con los ángeles y todos los santos, contemplaremos el rostro de Dios y cantaremos su gloria por toda la eternidad.

Conferencia Episcopal Española

LA CONSTRUCCIÓN DE LA EUROPA DEL FUTURO

Propuestas de la Conferencia Episcopal Española al Consejo para el Debate sobre el Futuro de la Unión Europea

La Iglesia Católica ha contribuido y quiere seguir contribuyendo al proceso de integración europea desde sus orígenes, considerando la Unión Europea (UE) como el primer y principal ámbito para «servir el bien común de todos... a fin de asegurar lo más posible la justicia y la armonía» por usar las palabras del Papa Juan Pablo II. Los valores y los principios que han guiado el proceso de integración europea, como la dignidad de la persona humana, la solidaridad y la subsidiariedad, son reconocidos y promovidos por la Doctrina Social de la Iglesia.

No se identifica la Iglesia con ninguna fórmula concreta, pero se siente obligada a proclamar de nuevo ante los europeos de hoy que la salvación de todo hombre -y también del europeo de hoy y de mañana- es Jesucristo.

La unidad de los europeos no será el producto del azar, ni del influjo de la geografía, ni del mero impulso de la historia, ni sólo de los intereses económicos y políticos. Es preciso que los europeos tomen la decisión libre de vivir unidos, en un marco de derechos humanos plenamente garantizados, con adhesión viva a los valores de la verdad, la justicia, la libertad, la solidaridad, que se fundamentan en la dignidad de la persona humana que tiene su fuente en el Dios *creador y trascendente*. La realización concreta de esta unidad requiere inteligencia y generosidad, largas negociaciones, progresivos reajustes, conocimiento y estima mutua. Esta unidad requiere una madurez moral. Para ello, la aportación moral y espiritual de las Iglesias es indispensable.